



SERIE TIEMPO DE BUSCAR

EL PADRE NUESTRO

¿Qué enseñó Jesús
en esta oración?

Haddon Robinson

EL PADRE NUESTRO: Un modelo de oración

CONTENIDO

El modelo de oración que dejó Jesús	2
La paternidad de Dios.....	5
La persona de Dios.....	8
El programa de Dios.....	11
El propósito de Dios	14
La provisión de Dios	17
El perdón de Dios.....	20
La protección de Dios	23
La preeminencia de Dios....	26
¿Por qué oramos?.....	29
Use el modelo.....	32

Uno de los mayores problemas en nuestra relación con Dios es pensar que podemos depender de Él bajo nuestras propias condiciones. Esa dependencia independiente a menudo se evidencia en la manera como oramos. Aunque muchas personas oran, relativamente pocas oran a Dios bajo Sus condiciones.

Este librito es sobre la oración a la manera de Dios. El Padre Nuestro, una de las oraciones más conocidas, se ha repetido mucho, pero se comprende poco. Haddon Robinson, prestigioso predicador, profesor y escritor norteamericano, acaba con la confusión y nos muestra que Jesús nos dio un modelo para orar que es tan pertinente hoy como lo era hace 2000 años.

Martin R. De Haan II

EL MODELO DE ORACIÓN QUE DEJÓ JESÚS

Admiro a los hombres y mujeres que dan a la oración una alta prioridad. Francamente, la oración ha sido para mí la disciplina más exigente de mi vida. En diferentes ocasiones la he encontrado ardua, aburrida, frustrante y confusa. Una vida de oración sólida ha sido para mí más intermitente que persistente. A veces le he agarrado el gusto, pero no por mucho tiempo. De mi experiencia he aprendido que la oración verdadera es difícil, algo duro de hacer.

Es muy incómodo para mí admitir mi lucha de toda la vida con la oración. En la vida de Jesús, la oración era la obra, y el ministerio, el premio. Para mí, la oración es una preparación para la batalla, pero para Jesús, era

la batalla misma. Después de haber orado cumplía su ministerio, como va un estudiante de honor a recibir la recompensa, o como va un corredor de maratón, después de terminar la carrera, a recibir la medalla de oro.

¿Dónde fue que Jesús sudó grandes gotas de sangre? No fue frente a Pilato, ni camino al Gólgota. Fue en el huerto de Getsemaní. Allí ofreció «ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte» (Hebreos 5:7). Si yo hubiera estado allí y hubiera visto aquella lucha, me hubiera preocupado por el futuro. «Si Él está tan quebrantado cuando todo lo que está haciendo es orar —podría haber dicho—, ¿qué hará cuando enfrente una verdadera crisis? ¿Por qué no puede afrontar su severa prueba con la confianza y la calma de sus tres amigos, los cuales duermen?» Sin

embargo, cuando vino la prueba, Jesús fue a la cruz con valor y sus tres amigos se derrumbaron y huyeron.

En Lucas 11, después que Jesús hubo pasado tiempo orando, uno de sus discípulos le dijo: «Señor, enséñanos a orar, como también Juan enseñó a sus discípulos». Hay dos cosas dignas de observar en esta petición. Primero, una sección del programa de Juan el Bautista para hacer discípulos se centraba en enseñar a sus seguidores a orar. Segundo, eso fue lo que los hombres de Jesús le pidieron que hiciera por ellos. Habían estado con Él durante más de dos años. Ellos se sentaban en primera fila cuando Él enseñaba y predicaba. Vieron sus milagros. No obstante, hasta donde sabemos, nunca lo tomaron aparte para pedirle: «Señor, enséñanos a predicar» ni «Señor, enséñanos cómo

ministras». Pero sí fueron a pedirle: «Enseñanos a orar».

Por lo general pedimos a los expertos que nos den lo mejor que tengan. Cuando estamos junto a un banquero exitoso le pedimos: «Enseñenos a invertir». A un erudito dotado pedimos: «Enseñenos a hacer investigaciones». A un jugador de golf profesional decimos: «Enseñenos a golpear la pelota suavemente». Los discípulos de Jesús le pidieron: «Enseñanos a orar».

***En la vida de Jesús,
la oración era la
obra, y el ministerio,
el premio.***

Puesto que la oración era central en su ministerio, Él quería que fuera vital en el de ellos, por eso respondió dándoles lo que comúnmente se conoce como «El Padre Nuestro». En realidad la

oración sirve para que personas como nosotros empecemos a orar. Como Hijo de Dios, Jesús no pudo haber orado así porque no podía decir: «Perdónanos nuestros pecados». A nosotros nos sirve en la oración de la misma manera que un bosquejo sirve a un ministro cuando predica un sermón, o como un plano le sirve a un constructor cuando hace un edificio. Nos guía.

El Señor no pudo haber orado así. Como Hijo de Dios sin pecado, no pudo haber dicho: «Perdónanos nuestros pecados».

El esqueleto de la oración que nos dio Lucas empieza dirigiéndose a Dios: «Padre». Luego la oración contiene

dos secciones principales. Primero, hemos de conversar con el Padre acerca de Él: de su persona, programa y propósito: «Santificado sea tu nombre», «venga tu reino», «hágase tu voluntad». Luego hablamos al Padre sobre su familia: la necesidad que tienen los hijos de provisión, perdón y protección: «El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy», «perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todos los que nos deben» y «no nos metas en tentación».

Aunque todavía tengo mucho que aprender en la escuela de la oración, este modelo que dejó Jesús ha ordenado mi vida de oración. Claro que usted tal vez merezca altas calificaciones en la materia, pero sino, quizás pueda beneficiarse de algunos de estos datos que le enseñen a orar.

LA PATERNIDAD DE DIOS: «PADRE NUESTRO»

Para comenzar, necesitamos saber a quién oramos. Según Jesús, cuando acudimos al Dios del universo en oración, podemos llamarle Padre. Encerrado en la palabra Padre hay un resumen compacto de toda la fe cristiana. Es la respuesta a la pregunta del filósofo Lessing: «¿Es amigable el universo?» Cuando los cristianos se inclinan ante Dios y lo llaman Padre, están admitiendo que en el centro del universo no sólo hay un poder sin límites, sino que hay un amor sin límites.

Pero no todo el mundo puede llamar a Dios Padre. Fue Jesús quien nos enseñó a orar de esa manera. Sólo Él garantiza que podamos establecer una relación con Dios y llegar a ser miembros

de su familia. Él es nuestro Padre y nosotros somos sus hijos.

Es un privilegio maravilloso poder llamar a Dios Padre, un privilegio que fácilmente damos por sentado.

Hay quienes creen en la «paternidad de Dios y la hermandad del hombre». Pero eso no refleja la enseñanza de la Biblia. Es cierto que Dios es el Creador de todo, y en ese sentido, todo el mundo es «linaje de Dios» (Hechos 17:29). Pero la relación que tiene una criatura con su Creador no es la relación del Padre con sus hijos. La relación que tenemos con Dios nuestro Padre viene solamente a través de nuestra relación con Jesucristo. Juan 1:12

dice: «Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios».

Es un privilegio maravilloso poder llamar a Dios Padre, un privilegio que fácilmente damos por sentado. En el Antiguo Testamento, el pueblo de Dios no se dirigía a Él individualmente como Padre. La palabra Padre para referirse a Dios se usaba raras veces, y cuando se usaba siempre se refería a la relación de Dios con la nación de Israel. Hasta donde sabemos, ninguno de los santos excelentes del Antiguo Testamento —Abraham, José, Moisés, David, Daniel— se puso nunca de rodillas en la soledad de su recámara y se atrevió a dirigirse a Dios como a su Padre. Sin embargo, en el Nuevo Testamento se nos instruye, al menos 275 veces, que hablemos a Dios así. Debido

a la muerte y resurrección de Cristo, cuando se trata de la majestad soberana del universo, la palabra que debe venir rápidamente a nuestros labios es Padre.

***Debido a la muerte
y resurrección
de Jesús, cuando
acudimos a la
majestad soberana
del universo, la
palabra que debe
venir rápidamente a
nuestros labios
es Padre».***

La forma de dirigirnos, «Padre nuestro que estás en los cielos», como se enseña en el Padre Nuestro, no sólo reconoce la intimidad que tenemos con Dios como nuestro Padre, sino que también habla de lo maravillados que debemos

sentirnos cuando acudimos a Él en oración. Jesús está diciendo que Aquel a quien acudimos y llamamos Padre es el Dios soberano del cielo, el Dios de todo poder, el Dios de toda autoridad.

Para los antiguos cristianos judíos, sentir el debido asombro al pensar en Dios probablemente fuera más fácil que entender su intimidad con Él. Desafortunadamente en nuestros días, el péndulo se ha ido al otro extremo. A menudo nos referimos a Dios en cualesquiera términos, menos con palabras que inspiran asombro. No me imagino al salmista diciendo: «Tal vez no conozca las respuestas, pero conozco al Hombre de las respuestas». No me imagino a los hombres y mujeres de la Biblia hablando del «hombre de allá arriba». Decir que Dios es nuestro Padre no implica que sea un oso de peluche fabuloso, grande y a quien se pueda abrazar.

La Biblia mantiene la tensión entre la intimidad con Dios y lo imponente que es Él. El autor de Hebreos dijo: «Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro» (4:16). El hecho de que vayamos a un trono debe llenarnos de asombro, pero como es un trono de gracia, es accesible. El Dios soberano y todopoderoso del universo nos ha permitido, gracias a Jesucristo, acercarnos a Él en oración y llamarlo Padre.

LA PERSONA DE DIOS: «SANTIFICADO SEA TU NOMBRE»

Jesús nos enseñó a decir: «Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre» (Lucas 11:2). En la manera de pensar hebrea, un nombre era extremadamente significativo. Los padres no les ponían nombres a sus hijos porque pensarían que las iniciales se iban a ver bien en las maletas. No escogían un nombre porque les recordara a su tía Hilda o a su tío Jacinto. Los padres escogían nombres para sus hijos con la esperanza de que el nombre encarnara la personalidad, las características o el carácter que ellos querían ver desarrollado en el niño.

Los antiguos norteamericanos puritanos hacían eso. Ponían a sus hijas nombres como Silencio,

Caridad, Esperanza, Amor y Paciencia. Esperaban que la niña viviera a la altura de su nombre cuando creciera. También vemos eso en el Nuevo Testamento. En tiempos de crisis, cuando la vida o el panorama de alguien cambiaba, a menudo cambiaba también su nombre para que le fuera a la situación. Cuando Jesús encontró a Pedro, su nombre era Simón. Era un tipo evasivo, inestable e incumplidor. Pero Jesús le cambió su nombre y le puso Pedro, que significa «roca». Cuando Jesús puso un nuevo nombre a Pedro, a éste le tomó un tiempo vivir a la altura de su nuevo nombre y cambiar de inestable a roca.

Esta práctica de poner nuevos nombres se vio hace unos años cuando el cardenal de Polonia se convirtió en papa. Se cambió el nombre para ponerse Juan Pablo II porque quería que su vida encarnara las

virtudes de sus predecesores Juan XXIII, Pablo VI y Juan Pablo I. Escogió el nombre para personificar lo que quería ser.

***Nuestras oraciones
a menudo revelan
que tenemos
una idea muy
inadecuada de Dios.***

En el Salmo 9:10 leemos: «En ti confiarán los que conocen tu nombre...» El salmista no afirmó que los que pudieran pronunciar el nombre de Dios confiarían en Él. Dijo que los que conocían el carácter de Dios y su poder pondrían su confianza en Él. De manera que cuando decimos «santificado sea tu nombre», hablamos del carácter y la persona de Dios. Santificar significa «apartar, hacer especial». Lo opuesto de santificar es «profanar, deshonorar, mancillar el

nombre». Oramos para que Dios sea nuestro Dios, que esté apartado en nuestras oraciones de tal manera que sea evidente que lo reverenciamos.

A veces nuestras oraciones están peligrosamente cerca de ser una distorsión blasfema. A menudo oramos como si Dios fuera sordo y nosotros tuviéramos que gritar para que nos escuchara, como si fuera ignorante y tuviéramos que explicarle para que entendiera, como si fuera duro y tuviéramos que engatusarlo para que respondiera. Nuestras oraciones revelan que tenemos una idea muy inadecuada de Dios.

Otras veces nuestras oraciones dejan ver claramente que hay muchos nombres en la tierra que para nosotros significan más que el nombre de Dios en los cielos. Podemos estar más impresionados con un patrono, un profesor, un

ser querido, un amigo o un funcionario del gobierno que con el Dios de los cielos. Podemos sentir más temor por una criatura de la tierra que reverencia y respeto por el Dios a quien oramos.

La esencia de la evangelización es que las personas de todo el mundo santifiquen el nombre de Dios permitiéndole ser Dios en sus vidas.

Las peticiones de esta oración modelo cubren todo aquello por lo que hemos de orar. Ya sea nuestra oración corta o larga, nunca pediremos más de lo que incluye el Padre Nuestro. A menudo oramos para que Dios aumente nuestra devoción y la profundidad de nuestra vida espiritual, pero ninguna de las peticiones que

encontramos en esta oración son por santidad personal. El primer paso que hay que dar para el crecimiento espiritual no es orar por un sentimiento o cambio interior, sino para que Dios sea verdaderamente Dios en nuestras vidas. El centro de la vida espiritual no es la experiencia, sino Dios.

Hemos recibido el mandamiento de ser santos como Él es santo porque la vida espiritual empieza cuando decidimos dejar que Dios sea Dios en todos los aspectos de la vida —personal, familiar, trabajo y recreación—, y dejar que nos aparte para Él.

La vida espiritual empieza cuando decidimos dejar que Dios sea Dios en todos los aspectos de la vida.

Esta concentración en Él debe ocurrir, no sólo en nuestra vida interior, sino también en nuestras oraciones por los demás. No debemos orar primordialmente para que otros sean librados del pecado, sino para que lleguen a conocer a Dios. La meta máxima en la evangelización no es sólo que la gente sea ganada para Cristo, sino que la gente del mundo que profana el nombre de Dios llegue a entender quién es Él realmente: el Dios de santidad, gracia y justicia. Y por esa comprensión santificarán su nombre. Esa es la esencia de evangelizar: que personas de todo el mundo dejen que Dios sea Dios en sus vidas.

EL PROGRAMA DE DIOS: «VENGA TU REINO»

La segunda petición que dirigimos al Padre sobre el Padre no sólo está dedicada a la persona de Dios, sino también al programa de Dios. La segunda petición es «venga tu reino». Jesús se refería aquí a su futuro reino mesiánico sobre la tierra. En toda la Escritura, la historia de la Biblia espera anhelante el regreso del Mesías, Jesucristo, el cual gobernará en justicia cuando el reino de este mundo se convierta en el reino de nuestro Dios y de su Cristo (Apocalipsis 11:15).

Esta preocupación por el gobierno de Dios en la tierra es básica para nuestra perspectiva de la historia. Joseph Wittig observó una vez que la biografía de una persona debe comenzar, no con su nacimiento, sino con

su muerte. Argumentaba que nosotros medimos la contribución a la vida no por su comienzo, sino por su final. Así es como deberíamos pensar en la historia.

La historia de la Biblia espera anhelante el regreso del Mesías, Jesucristo, el cual gobernará la tierra con justicia.

Cualquier persona pensante se pregunta: ¿va la historia a alguna parte? ¿Se trata simplemente de una rueda que da vueltas y vueltas y nunca toca el suelo? ¿Es sencillamente un ciclo de acontecimientos que se repiten sin ningún rumbo excepto tal vez el olvido? Algunos descartan la historia como un cuento que contó un idiota y que alguien garabateó en las

paredes de un manicomio. Edward Gibbon se refirió a la historia como «poco más que el registro de crímenes, locuras e infortunios de la humanidad». Henry Ford resumió la historia como «palabrería». Ralph Waldo Emerson la descartó como «las biografías de unos pocos hombres grandiosos».

Sin embargo, en el testimonio de la Biblia, la historia es «Su historia», y tiene rumbo: el regreso de Jesucristo. La Biblia espera el día cuando los ángeles y los redimidos canten juntos. Ante nosotros brilla esa luz, y mientras más oscura sea la época, más parece brillar.

Así que cuando oramos diciendo «venga tu reino», miramos hacia ese feliz momento cuando el regreso de Jesús a la tierra establecerá el reino mesiánico de Dios profetizado en todo el Antiguo Testamento. Al orar dirigimos la mirada al día en

que el reino de este mundo llegue a ser el reino de nuestro Dios y de su Cristo. Esperamos anhelantes la culminación de la historia cuando la voluntad de Dios se haga en la tierra como se hace en el cielo.

***No deberíamos
ni orar para que
Dios gobierne a los
demás a menos
que deseemos
honestamente
que nos gobierne
a nosotros.***

Ahora bien, cuando oramos diciendo «venga tu reino», también pedimos algo más. Oramos para que en la pequeña porción de tierra que ocupamos ahora sometamos nuestra voluntad a la de Dios. Si anhelamos el momento futuro cuando el reino de

Cristo sea establecido en la tierra, razón suficiente para orar sinceramente, entonces debemos estar dispuestos a desplazar todos los pequeños reinos que nos importan demasiado. Si queremos que Dios gobierne sobre todos los hombres y mujeres en un tiempo futuro, de ahí se deduce que deseamos que obre su voluntad en nuestras vidas ahora.

Cuando decimos en oración «venga tu reino», reconocemos el derecho que tiene Dios de gobernar a todo el mundo, incluyéndonos a nosotros. A menos que me preocupe lo suficiente por la soberanía de Dios para que mi vida sea su trono, y me proponga diariamente llevar a toda persona cuya vida yo toque a una sumisión a Dios voluntaria y alegre, no puedo decir esas palabras en oración con integridad. No deberíamos ni orar para que Dios gobierne a los demás a menos que deseemos

honestamente que nos gobierne a nosotros.

Cuando yo tenía veinte y pico de años solía escuchar sermones en los que me exhortaban a desear la segunda venida de Cristo. Sí, yo quería que Él viniera, pero no inmediatamente. Quería hacer algunas cosas antes de que regresara. Quería casarme, tener hijos y establecer un ministerio. Después de que hubiera hecho todo eso, entonces podía volver. Pensando en esto hace poco se me ocurrió que ya no tengo ningún plan que la venida de Cristo pueda interrumpir. No hay nada ahora que tenga preferencia sobre su venida. Y así debería ser en toda nuestra vida. Eso es lo que significa orar «venga tu reino».

EL PROPÓSITO DE DIOS: «HÁGASE TU VOLUNTAD»

Hemos de orar por la persona de Dios, que su nombre sea santificado; por el programa de Dios, que venga su reino; y por el propósito de Dios, que se haga su voluntad en la tierra como en el cielo.

Orar para que se haga Su voluntad proporciona una base a nuestras oraciones. Básicamente estamos pidiendo que se haga la voluntad de Dios en nuestras vidas y en el mundo. Sin embargo, a menudo lo ponemos al revés y oramos como si esperáramos que Dios cambiara la manera como dirige el universo porque le hemos hecho nuestras peticiones. En el peor de los casos, tratamos a Dios como si fuera el genio de una lámpara mágica. Cuando la

frotamos y pedimos un deseo esperamos que Dios cambie el universo para darnos lo que queremos.

***A menudo
oramos como si
esperáramos que
Dios cambiara
la manera como
dirige el universo
porque le hemos
hecho nuestras
peticiones.***

Debemos reconocer la importancia de conformar nuestra voluntad a la Suya. No debemos orar por algo y luego al final decir «si es tu voluntad» si no lo decimos de corazón. Esas palabras no son algo que agregar al final de una oración como excusa, como una «salida», de manera que no pasemos vergüenza si Dios no nos da

lo que queremos. La oración no es conseguir que Dios haga mi voluntad; es pedir que la voluntad de Dios se haga en mi vida, mi familia, mi negocio y mis relaciones, como se hace en el cielo.

Cuando la Biblia nos da vislumbres del cielo vemos que los ángeles están listos para cumplir sus mandatos. En el cielo, todas las galaxias y sus estrellas y planetas se mueven conforme al diseño de Dios. Parece que sólo aquí, en este planeta de tercera categoría, esta pelotita de tenis sucia que llamamos tierra, hay un foco de rebeldía.

***Vivir en una esfera
controlada por
Satanás es reconocer
que este mundo no
es amigo de Dios.***

Que nosotros vivamos conforme a la voluntad de Dios en la tierra como se

hace en el cielo implica hacerlo en territorio enemigo. Vivir en una esfera controlada por Satanás es reconocer que este mundo no es amigo de Dios. Para nosotros hacer la voluntad de Dios en la tierra como se hace en el cielo debemos ir contra la corriente. Cuando oramos «hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo», estamos pidiendo por nuestros amigos, nuestras familias, nuestra sociedad, pero sobre todo por nosotros mismos.

Cuando exhumaron el cadáver de Beethoven, 42 años después de su muerte, lo encontraron con los brazos en alto y los puños cerrados en señal de desafío. Aparentemente, alguien lo enterró de una manera que revelaba su actitud. A la edad de 30 años, Beethoven se había quedado sordo, y permaneció así hasta que murió 26 años más tarde. Murió enojado y amargado

porque creía que Dios lo había limitado. Aunque puede que haya orado para que se hiciera la voluntad de Dios, pudo haberlo hecho en ceñuda resignación. Es posible orar por la voluntad de Dios al tiempo que se resiente el que Dios sea Dios.

***Que nosotros
vivamos conforme
a la voluntad de
Dios en la tierra
como se hace
en el cielo implica
hacerlo en
territorio enemigo.***

Mucha gente menosprecia a Dios porque no los ha hecho maestros de su suerte, capitanes de su alma ni gobernadores de su propio destino. Pero los que conocemos a Dios como Padre y tenemos una relación con Él, que sabemos que el

corazón del Todopoderoso no sólo es justo y santo, sino también generoso y amable, podemos saber que todas las cosas obran a bien para los que aman a Dios.

Así que podemos orar para que su nombre sea santificado, que sea Dios para nosotros, que su reino se establezca en la tierra, que toda rodilla se doble y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, y que su voluntad sea hecha en la tierra como se hace en el cielo.

*Mucha gente
menosprecia a Dios
porque no los ha
hecho maestros de
su suerte, capitanes
de su alma ni
gobernadores de su
propio destino.*

LA PROVISIÓN DE DIOS: «EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA, DÁNOSLO HOY»

Cuando Jesús nos enseñó a orar, nos dio un modelo bien amplio a seguir. Las primeras tres peticiones tienen que ver con la gloria de Dios. Las últimas tres tienen que ver con su familia. Mientras las peticiones al Padre hablan sobre «tu nombre», «tu reino» y «tu voluntad», las últimas tres peticiones tienen que ver con nosotros: «danos», «perdónanos» y «no nos metas en tentación».

El teólogo alemán Helmut Thielicke destaca que la vida entera está encerrada en el arco iris de estas peticiones. «Las cosas grandes y las pequeñas; las cosas espirituales y las materiales; las cosas internas y las externas. No hay nada

que no esté incluido en esta oración».

Adlai Stevenson comentó una vez: «Entender las necesidades humanas es la mitad del trabajo de satisfacerlas». Tal vez la otra mitad sea la capacidad de satisfacerlas. Dios hace ambas cosas. Puesto que Dios entiende nuestras necesidades y realmente puede satisfacerlas, Jesús dijo que hemos de orar al Padre por ellas. Después de orar por lo que es cósmico y eterno, hemos de orar por lo temporal.

Cuando Jesús dijo: «El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy», no estaba sugiriendo un viaje al supermercado. Lo que quería decir es que está bien y es correcto orar por nuestras necesidades diarias. Después de todo, no podemos servir de verdad a su reino ni hacer su voluntad a menos que tengamos la fortaleza que necesitamos para hoy.

Así que, es apropiado pedir a Dios un empleo para tener dinero o comida. Es apropiado apelar a Dios por la ropa que necesitamos para trabajar para tener comida. Está bien pedir un transporte que nos lleve al empleo de manera que podamos ganarnos el pan. Dios conoce nuestras necesidades y está interesado en ellas.

A menudo nos sentimos tentados a no molestar a Dios por comida. «No ores por comida —insistimos—. Sal a buscarla». De hecho, algunos de los padres de la iglesia espiritualizaron el pan creyendo que se refería al pan que se sirve en la Santa Cena. Hicieron esto, se comprende, porque después de orar por la gloria de Dios parecía demasiado terrenal cambiar a algo tan cotidiano como las provisiones.

No obstante, el «pan de cada día» significa exactamente eso. La palabra pan se refiere a

la comida que sostiene nuestros cuerpos. En un sentido más amplio, claro, el pan se refiere a todo lo que necesitamos para vivir. Nuestro Padre celestial se interesa en la lista del supermercado. A él le importa qué comeremos la próxima vez.

El centro de la petición es el pan de cada día. La frase de cada día dejó perplejos a los eruditos durante siglos. Ese es el único lugar donde aparece esa palabra dentro o fuera de la Biblia. Luego, unos años después, un arqueólogo desenterró un fragmento de papiro que contenía la lista de provisiones de una ama de casa. Junto a varios de los artículos, la mujer había escrito esa palabra que significa de cada día. Probablemente quería decir «suficiente para el día siguiente». La frase debe traducirse: «Danos hoy pan suficiente para mañana».

Cuando se ora así por la mañana, es una oración para las necesidades de las horas que hay por delante. Cuando se hace por la noche, es una petición para las necesidades del día siguiente. La implicación es, por supuesto, que Dios suplirá lo que necesitamos para honrarlo y hacer su voluntad.

Hoy en día, con la existencia de congeladores y neveras, no todo el mundo compra comida para un solo día. Muchas personas almacenan comida en tal abundancia que sólo susurran unas palabras de acción de gracias sin pensar cuando se sientan a comer. Apenas reconocen que la comida que comen o la ropa que visten viene de la mano del Padre.

Jesús no nos invita a pedir ropa, zapatos ni autos caros. Ore por el pan, las necesidades de la vida, no los lujos. Pida pan, no pastel. Tampoco se nos invita a

pedir cosas para los años venideros. Hemos de pedir lo esencial para tener hasta mañana.

Note también que cuando decimos: «Danos nuestro pan de cada día», pedimos también por otros miembros de la familia. Si hacemos esa oración con sinceridad nos liberamos del egoísmo y de la acumulación. Si el Padre nos supe dos hogazas de pan y nuestro hermano o hermana no tiene ninguna, entendemos que Dios ha contestado realmente nuestras oraciones. La hogaza adicional no es para guardar, sino para compartir.

Dios nos quiere liberar. Podemos llevarle nuestras pequeñas peticiones. Podemos colocar delante de Él nuestra necesidad de pan, abrigo, un par de zapatos y todas las cosas que son importantes para nosotros. Si las necesitamos, también son importantes para nuestro Padre.

EL PERDÓN DE DIOS: «PERDÓNANOS NUESTROS PECADOS»

Superficialmente, los hombres y las mujeres no parecen preocuparse mucho por sus pecados. Walter Horton habla de nuestra condición en su libro *The Challenge of Our Culture* [El desafío de nuestra cultura]: «El hombre moderno está ciertamente preocupado por algo... preocupado casi hasta la muerte. Un análisis de su conducta lo muestra tratando de evitar mirar a Dios a los ojos tan febrilmente, que debe tener algo que ver con el temor de la manera en que luce delante de Dios». Una tira cómica de un periódico de la mañana presenta a un psicólogo escuchando a un paciente: «Sr. Fernández —dice— creo que puedo

explicar su sentimiento de culpa. ¡Es usted culpable!»

Después de pedir provisiones al Padre pedimos su perdón: «Perdónanos nuestros pecados».

«Perdónanos» viene después de «danos». Jesús conecta las dos peticiones: «Danos nuestro pan de cada día» con «perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todos los que nos deben». De esa forma, cuando pensemos en nuestra necesidad de comida admitiremos también nuestra necesidad de perdón. Además, al confesar nuestra culpa consideramos la manera en que hemos manejado nuestras relaciones con los demás.

Agustín se refería a esto como «la terrible petición», porque si decimos «y perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todos los que nos deben», pero al mismo tiempo anidamos un espíritu que no perdona, en

realidad estamos pidiendo a Dios que no nos perdone.

Cuando Juan Wesley trabajó como misionero en las colonias americanas, lo pasó mal con el general James Oglethorpe. El general era famoso por su orgullo y dureza. Una vez, Oglethorpe dijo: «Yo nunca perdono». Wesley contestó: «Entonces, señor, ¡espero que usted nunca peque!»

***El hombre moderno
está ciertamente
preocupado por
algo... preocupado
casi hasta la muerte.***

Piense en cómo funciona la confesión de pecado. Si oro honestamente pidiendo perdón, significa que modifico mi estimación de mí mismo en la escala y admito mi propio pecado y culpa. Si veo la contaminación de mi propia vida, entonces veo

los pecados de los demás bajo una luz diferente. Sin eso, me puedo considerar tan importante, digno y honorable que sería inconcebible perdonar a nadie que se atreviera a ofender a alguien tan justo como yo. Eso es justicia propia. Ecurrir perdón de una persona engreída de su rectitud moral es más difícil que sacar jugo de manzana de una piedra. Sencillamente, esa persona no sabe perdonar.

Lo que una persona que no perdona realmente pide en oración es esto: «Trátame de la misma manera en que yo he tratado a otros».

Lo que una persona que no perdona realmente pide

en oración es esto: «Trátame de la misma manera en que yo he tratado a otros». Kent Hughes lo explica mejor en su estudio del Padre Nuestro: «Te imploro, Señor, que me trates de la misma manera en que yo trato a mi prójimo. Él ha sido desagradecido conmigo (aunque ni siquiera una centésima parte de lo desagradecido que yo he sido contigo); sin embargo, no voy a ignorar su ingratitud. Trátame, Señor, como yo lo trato a él».

O esto: «Recuerdo el más mínimo incidente en el cual ella me maltrata. Trátame, Señor, como yo la trato a ella».

O esto: «Estoy loco por devolverle el daño que me hizo. Trátame, Señor, como yo lo trato a él».

Si usted honestamente conoce a Dios como Padre, forma parte de la comunión de los perdonados. Aunque le resulte difícil perdonar algún daño en particular que le hayan hecho, su propio

pecado contra Dios —por el cual pide perdón— hace que las ofensas a usted sean mucho más triviales. ¿Cómo podemos, en nombre de la gracia y el sentido común, pedir a Dios, cuyo nombre es santo, que nos perdone cuando nosotros, como pecadores, rehusamos perdonar a otros? Nuestro perdón no hace que Dios nos perdone. Es evidencia de que hemos recibido el perdón de Dios. A los que viven con el alivio del perdón de Dios les resulta más fácil perdonar a quienes los ofenden.

Cuando más nos parecemos a Dios es cuando, en el nombre de Cristo, perdonamos total y gratuitamente a quienes han pecado contra nosotros.

Pecar es humano; perdonar, divino. Cuando más cerca estamos de la gracia de Dios es cuando admitimos nuestro pecado y clamamos por perdón. Cuando más nos parecemos a Dios es cuando, en el nombre de Cristo, perdonamos total y gratuitamente a quienes han pecado contra nosotros.

LA PROTECCIÓN DE DIOS: «NO NOS METAS EN TENTACIÓN»

Una joven que se encontraba en un centro comercial llevaba puesta una camiseta que decía: «No me metas en tentación: yo sé meterme sola». Quería conseguir que la gente se riera cuando pasaran por su lado, pero su camiseta planteó una pregunta. ¿Qué pedimos

cuando decimos: «No nos metas en tentación».

¿Por qué tendríamos que pedir a Dios que no nos meta en tentación? Sería más comprensible pedirle que nos mantuviera fuera de la tentación. El profesor D. A. Carson sugiere que Jesús, cuando estaba enseñando a sus discípulos a orar, usó una figura de expresión que se llama lítote, la cual expresa algo positivo negándolo con su contrario. Por ejemplo, si yo digo: «Esto no es un asunto pequeño», lo que quiero decir es que es un asunto de magnitud. Entonces, cuando pedimos: «No nos metas en tentación», en realidad estamos clamando: «Manténme alejado de la tentación». Estamos pidiendo: «No dejes que Satanás nos ponga una emboscada. No dejes que el enemigo de nuestra alma nos haga caer en su trampa». Estamos reconociendo

que Dios tiene el poder de alejarnos de todos los anzuelos del pecado que nos amenazan y estamos pidiendo: «Si se presenta la oportunidad de pecar, concédeme que no tenga yo el deseo. Si el deseo surge en mí, concédeme que no tenga la oportunidad».

Cuando oramos por nuestros pecados, no es la tentación lo que nos molesta; es la consecuencia de nuestra desobediencia lo que queremos eliminar.

Hablemos claro. Raras veces queremos ser librados de la tentación porque la misma promete ser muy divertida. Un bromista dijo una vez: «No resistas la tentación. Podría irse y no volver nunca más». La

tentación remueve la sangre e inflama la imaginación. Si nos repugnara no sería tentación. De vez en cuando vemos adónde nos va a llevar la tentación y puede que clamemos por liberación.

***Raras veces
queremos ser
librados de la
tentación. La misma
promete ser muy
divertida.***

Sin embargo, por lo general la tentación no parece muy mala. Por eso jugamos con ella, coqueteamos con ella, y la invitamos a nuestras vidas. Cuando oramos por nuestros pecados, no es la tentación lo que nos molesta; es la consecuencia de nuestra desobediencia lo que queremos eliminar.

Sin embargo, en el contexto de esta oración,

no sólo estamos pidiendo a Dios que no permita que nos convirtamos en personas desobedientes. La obra de Satanás amenaza con algo más grave que eso. Estamos rodeados de seducciones para vivir apartados de Dios. En nuestras ambiciones y en nuestros éxitos somos tentados a honrar nuestros propios nombres, a edificar nuestros propios reinos, a aceptar el crédito que no nos pertenece, a negar nuestra necesidad de la gracia perdonadora. El enemigo de nuestras almas quiere que huyamos de Dios. Sólo Dios nos puede hacer ver el pecado por lo que es. Si la tentación trajera cadenas que nos ataran, tal vez la resistiríamos por nuestra propia cuenta. Pero lo que trae son flores y perfume, ofrece vida y alegría, y promete buenos momentos y satisfacción. Nos soborna con riquezas y popularidad y nos seduce con promesas de

prosperidad y de una libertad ilimitada. Sólo Dios puede mantenernos alejados de sus cadenas.

La oración que Jesús enseñó a sus discípulos nos recuerda que debemos temer las estrategias de Satanás. Hace años, Helmut Thielicke dijo de la Alemania ocupada de la postguerra: «Hay una figura oscura, misteriosa y cautivadora obrando. Detrás de las tentaciones está el tentador, detrás de la mentira está el mentiroso, y detrás de todos los muertos y de la sangre derramada está el que “es asesino desde el principio”».

Cuando pedimos: «Líbranos del maligno», reconocemos el poder de Satanás, afirmamos nuestra debilidad, y suplicamos recibir el poder de Dios, que es mayor.

LA PREMINENCIA DE DIOS: «EL REINO, EL PODER Y LA GLORIA»

El Padre Nuestro, como se recita comúnmente, concluye con un trompetazo de alabanza: «Porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén». Puesto que esas palabras parecen una manera apropiada e idónea de terminar la oración, es un poco inquietante descubrir que la oración no aparece en los primeros y mejores manuscritos de Mateo ni de Lucas. Evidentemente, la doxología no formaba parte de la oración como la enseñó Jesús originalmente. De hecho, aparece por primera vez en los siglos II y III.

No obstante, la oración exige una conclusión. De lo contrario termina con la amenaza de tentación y la

advertencia de que el maligno nos ha tendido sus trampas. Cuando los cristianos de la iglesia primitiva ofrecieron esta oración al Padre, en vez de terminar con una nota fría y aterradora añadieron esa afirmación de alabanza.

***Esta doxología
no es una conjetura
que debemos
aceptar para orar,
sino una confianza
que desarrollamos
con la práctica
de la oración.***

Aunque esta doxología puede que no haya sido dada directamente por Jesús, se puede decir que tiene un amplio apoyo bíblico. Después de que el rey David juntara los materiales del edificio para el templo futuro declaró: «Tuya es, oh Jehová, la magnificencia y el poder, la

gloria, la victoria y el honor; [...] Tuyo, oh Jehová, es el reino...» (1 Crónicas 29:11). Al final de los tiempos vibran los ecos de esta doxología en el cántico de cuatro criaturas vivientes: «... Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos» (Apocalipsis 5:13). La afirmación es una conclusión adecuada a la oración: «Porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén.» (Mateo 6:13).

Pero, ¿es cierto eso? ¿Pertenece a Dios el reino? No según los periódicos. Allí la capital del reino puede estar en Washington, Londres o Moscú, no en el cielo. ¿Es Suyo el poder? No según el rabí Harold Kushner, quien sostiene en su libro *When Bad Things Happen to Good People* [Cuando a la gente buena le suceden cosas malas],

que aunque Dios es amor, algunos acontecimientos malvados están más allá de su control. ¿Es Suya la gloria? No según los que construyen y moldean la tecnología, quienes cantan: «¡Gloria a los hombres en la tierra cuando vemos cuáles edificios pueden ser más altos!»

***En la vida de oración
descubrimos un
Padre rico, generoso
e inagotable sin
medida: Suyo
es el reino y el
poder y la gloria.***

Sin embargo, esta doxología no es una conjetura que debamos aceptar para orar, sino más bien una confianza que desarrollamos con la práctica de la oración. Cuando el reino de Dios y la dignidad

de su nombre tienen el énfasis principal en nuestras vidas, entonces el dinero y los estados de cuentas dejan de causarnos ansiedad y conflictos. Entonces, y sólo entonces, cuando pedimos el pan de cada día reconocemos que aparte de Dios, los estómagos llenos a menudo vienen con corazones vacíos. Por medio de la oración experimentamos que Dios en realidad perdona nuestros pecados —no se limita a cerrar los ojos a nuestra desobediencia— y nos provee del poder para perdonar a los demás y alejarnos de las trampas de Satanás. En la vida de oración descubrimos un Padre rico, generoso e inagotable sin medida: Suyo es el reino y el poder y la gloria.

No sólo bendecimos a Dios cuando testificamos lo que Él hace por medio de la oración contestada, sino que lo alabamos porque

cuando estamos de rodillas vislumbramos por fe lo que hará al final. Elevamos todas nuestras oraciones a la luz de la eternidad. En la perspectiva a largo plazo descubrimos que aunque los hombres y las mujeres malvados combaten el reino de Cristo, su reino espera como espera el sol que desaparezcan las nubes y las tinieblas. En la perspectiva eterna, aunque el Amor que se acostó en un pesebre y pendió de una cruz de ejecución romana parezca frágil, vemos en ella el poder que perdura y que a la larga triunfa. Cuando los presidentes y reyes exhiben su gloria sabemos que forman un desfile pasajero. Los imperios de ayer son las lecciones de historia de hoy y las excavaciones arqueológicas de mañana.

Sobre los escombros de los pequeños reinos del hombre brilla la gloria de Dios. Cuando oramos

como debemos afirmamos la majestad de Dios, anunciamos su poder, y mediante las respuestas a nuestras oraciones, exhibimos su gloria.

*Los imperios
de ayer son las
lecciones de
historia de hoy y
las excavaciones
arqueológicas de
mañana.*

¿POR QUÉ ORAMOS?

Cualquier persona pensante que luche con la oración pregunta: «¿Para qué orar?» ¿Es el propósito principal de la oración obtener cosas de Dios? Ciertamente que la Biblia nos asegura que Dios nos escucha y, en respuesta,

nos da lo que necesitamos. Pero ¿es esa la razón básica por la que Jesús nos enseñó a orar?

George MacDonald ofreció el siguiente razonamiento para la oración:

¿Y si Dios supiera que la oración es lo que más necesitamos? ¿Y si el objetivo principal en la idea que tiene Dios de la oración fuera suplir nuestra gran e interminable necesidad... la necesidad de Él? Puede que el hambre obligue a un niño a regresar a su casa, y puede que le den comida de inmediato o no, pero ese niño necesita a sus padres más que a la comida. La comunión con Dios es la mayor necesidad del alma. La oración es el principio de esa comunión, de conversar con Dios, de llegar a ser uno con Él, lo cual es el único fin de la oración, sí, y de la existencia

misma.... Debemos pedir para recibir, pero recibir lo que pedimos con respecto a nuestras más bajas necesidades no es el objetivo de Dios al hacernos orar. Él podría darnos todo sin eso. Para llevar a su hijo a Él de rodillas, Dios retiene sus favores para que los hombres pidan.

Dios podría darnos sin necesidad de que oráramos. Pero para llevarnos a Él de rodillas, retiene las cosas para que se las pidamos.

Dios nos quiere para Sí. Desea tener comunión con nosotros. Su propósito en la oración no es obligarnos a velar y suplicar. Él quiere que lo conozcamos.

Yo solía jugar un juego con mis dos hijos cuando estaban pequeños. Apretaba algunas monedas en la mano y les dejaba que intentaran abrirme la mano a la fuerza para agarrar las monedas. Mis hijos se me sentaban en las piernas y trabajaban febrilmente para obtener el dinero. Una vez que tenían las monedas gritaban de deleite y se bajaban saltando para atesorar el premio. A mí me encantaba que mis niños se rieran y jugaran mientras estaban sentados en mis piernas. Las monedas eran insignificantes.

Cuando oramos, a menudo nos concentramos en las dádivas que hay en la mano de Dios e ignoramos la mano en sí. Oramos fervientemente por un nuevo empleo o por la recuperación de nuestra salud. Cuando obtenemos el premio nos deleitamos. Y luego queremos poco con Dios. Si sólo vamos tras las monedas, la mano de Dios

sirve únicamente como medio para pagar la renta, curar a los enfermos o superar una crisis. Después que la necesidad ha sido satisfecha, la mano misma significa poco para nosotros.

Aunque Dios en su gracia da buenas dádivas a sus hijos, nos ofrece más que eso. Se ofrece a Sí mismo. Los que están meramente satisfechos con las chucherías que hay en la mano del Padre se pierden de la mejor recompensa que tiene la oración: comunicarse con el Dios del universo y tener comunión con Él.

Aunque Dios en su gracia da buenas dádivas a sus hijos, nos ofrece más que eso. Se ofrece a Sí mismo.

USE EL MODELO

Si quiere aprender acerca de la oración debe orar. Tómese lo en serio y aparte un tiempo cada día para orar. Jesús nos dejó un modelo de oración: úselo así.

Empiece orando: «Padre nuestro que estás en los cielos». Deje que su mente se concentre en lo que significa hablar con el Dios del universo como su Padre. Luego ore al Padre acerca de Él. Ore sobre su persona: «Santificado sea tu nombre». Ore por su programa: «Venga tu reino». Y ore por su propósito: «Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra».

Luego ore al Padre por su familia. Ore por provisión: «El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy». Ore por perdón: «Y perdónanos nuestras deudas como también nosotros perdonamos a nuestros

deudores». Y ore por protección: «Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal».

Si deja que esta oración le sirva de modelo descubrirá que sus elementos tienen un efecto purificador en lo que pide. No podrá orar por cosas que exalten su nombre, ni avancen su reino, ni promuevan su voluntad. Pedir el pan diario si está viviendo en desafío a Dios sería como si un traidor pidiera fortaleza para traicionar a su país. No podrá pedir perdón a Dios si no está dispuesto a perdonar a otra persona. Y pedir a Dios protección contra el maligno sería contradictorio si está cultivando las tentaciones.

La oración es trabajo arduo, pero nuestra comunicación con Dios es tan esencial para nuestro bienestar espiritual como lo es la respiración para nuestra vida física.